



LA ALFORJA.



PERIODICO EVENTUAL.

NUM. 2.

AYACUCHO SABADO 16 DE SETIEMBRE DE 1848.

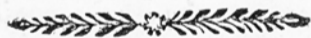
PORTE 1.

EL QUE NO AMA A SU MUJER,
SE ABORRECE A SÍ MISMO.
S. Pablo.

Debe inspirar á todos la mas tierna compasion el abatimiento en que siempre se hallan las miserables mujeres, casadas las mas con maridos viciosos y brutales. Las historias antiguas ofrecen por ejemplos á Abigail, mujer de Nabal, Estér de Azuero, Serena de Diocleciano, Constanca de Lisinio, Helena de Juliano el apóstata, Irene de Constantino Coprónimo, Teodora del emperador Teófilo, Liberia de Neron, Faustina de Maximiano, Trifonia de Decio, Teodolinda de Utaro, Tira de Gormen rey de Dinamarca, Carlota Albert de Cesar Borja, Catalina de Enrique VIII, &c. Sería muy largo el catálogo si se contrajera á todas las edades y á todos los particulares; pero muchísimo mas si se contrajese á los indígenas de América. Aqui son las esposas mas infelices que en Asia. Este pensamiento se desenvuelve en las siguientes

Reflexiones

SOBRE LA SUERTE DEL BELLO SEXO
EN ASIA Y AMERICA.



Uno de los artículos que mas nos irrita en las costumbres orientales, es la suerte del bello sexo en los climas afortunados del Asia. Ya deploramos la cautividad en que vive esa bella mitad del género humano, ya prorumpimos en declamaciones contra los *Harenes*, los eunucos y la codicia de un solo hombre que sacrifica tantas jeneraciones á unos placeres infructuosos. Algun charlatán salvaje podria responder en dos palabras á estas declamaciones galantes, y decir candorosamente que cada uno es amo en su casa: que si gustamos mostrar á todo el mundo nuestras mujeres, á un turco le agrada ocultar las suyas; que cada uno tiene sus antojos; y que si el nuestro es mas cómodo, el de los orientales es mas seguro. Pero nosotros no discurrirnos así.

Confesamos desde luego que es muy duro condenar á un encierro perpétuo unos objetos

en quienes se busca y se encuentra la felicidad; que es muy triste que la prision sea la recompensa de sus gracias; que no puedan hacer dichosos sino bajo la infamia de la esclavitud, y que un prejuicio funesto transforme en carceleros inflexibles á unos amantes que deberian servirlos de rodillas.

Pero es preciso observar que el número de las mujeres reclusas en Oriente es muy pequeño. Víctimas del capricho exclusivo de la opulencia, como algunos objetos preciosos á los cuales se pueden comparar, jimen en los serrallos. Sin embargo semejantes calabozos consagrados á la privacion y bajo un nombre hecho para anunciar los deleytes, son muy pocos. Todas las mujeres del estado mediocre son felices, son libres. Sus maridos viendo en la impotencia de mantener esos guardianes costosos y deformes, propios mas bien para intimidar la virtud que para afirmarla, estan reducidos como nosotros, á no dar otra escolta á su honor que la estimacion y la mutua confianza.

Parece que nada es mas chocante que amalgamar las palabras de *serrallo* y de *libertad*. Dejando pues, á un lado los racionios, fijémonos en los hechos: para esto nos remitiremos á un testigo ocular, desinteresado, y con las calidades necesarias para forzar la confianza pública, es decir, á una mujer. He á qui lo que escribía de Constantinopla, en el siglo último, lady Montaygu, embajadora de Inglaterra.

» Es muy gracioso el tono lastimero con que los viajeros deploran la prision de las mujeres turcas, que son mas libres quizá que en ninguna otra parte del mundo, y que son las únicas sobre la tierra que viven entre placeres sin interrupcion y libres de cuidados: su vida se pasa en verse, en bañarse, en gastar alegremente el dinero y en inventar modas. Un marido pasaria por rabioso, si exijese la menor economía á su mujer, que no tiene otras leyes que sus caprichos en sus disipaciones. El deber del esposo es acumular dineros, y el de la mujer prodigarlos: esta noble prerogativa se estiende todavia hasta á las personas mas despreciables del sexo. ¿Veis ese pillo que pasa por la calle, llevando sobre sus espaldas pañuelos bordados en venta? pues bien, alguna idea que se forme de su fisonomia soez, os protesto que su mujer desdeñaria vestirse de otro género que no fuese tisú ó brocado: tiene ademas aforros de armiño y una hermo-

» sa guarnicion de pedrerías para su cabeza.»
 En otra parte dice: » En cuanto á las costumbres se puede decir, como Arlequin, que son las mismas que entre nosotros; pues los turcos, por no ser cristianos, no cometen un solo pecado de menos. Hoy que conozco algo el tono del pais, admiro, ya la discrecion ejemplar, ya la extrema estupidez de los autores que han escrito de las costumbres asiáticas. Es muy facil ver que las mujeres turcas tienen realmente mas libertad que nosotras.» Mas abajo añade: » en una palabra, yo miro á las mujeres turcas como la única nacion libre del Imperio .

Sin duda que por uno de los privilegios de su sexo, tiene esta embajadora, por jentes muy estúpidas á cuantas personas han procurado dar ideas deplorables de las turcas. Sin tomarnos la misma licencia, nos parece que esta autoridad es bastante grave para embarazar á los declamadores filósofos y galantes, que se permiten desacreditar las costumbres orientales, aun sobre el capítulo de las mujeres.

No nos atreveremos pues, á vituperar la política conyugal de los turcos, y si se quiere, aun no la tacharemos de cruel. Pero preguntaremos ¿cual es la suerte de las mujeres del continente americano, para que osemos llorar sobre la de sus iguales que están á tantos miles de leguas de nosotros? Convenimos en que no son esclavas en nuestro territorio como en Asia: sabemos que diariamente se les protesta en verso y en prosa que son reynas: nuestros poetas y filósofos galantes han dicho á este respecto, no se sabe cuantas necesidades afectadas. Enhorabuena para las que son ricas; pero por lo que hace á las otras...ved el espantoso abandono á que están reducidas!

Si hablásemos de la suerte mas que desgraciada de las mujeres de un gran número de pueblos americanos: si dijésemos que las del Orinoco detestan el matrimonio á causa de la servidumbre y del trabajo: que con frecuencia hacen abortar su fruto y matan á sus hijas para libertarlas de una existencia desventurada: si publicásemos que los Esquimales exitan al aborto á sus pobres mujeres; que lo mismo practican los habitantes de la bahía de Hudson; que las Groelandezas se entierran vivas junto al cadaver de sus maridos por no morir de hambre; que las de la Guyana despues de su parto se levantan y se dedican á sus trabajos domésticos, metiéndose el marido en la cama para recibir las visitas &c. algun señoron de esos patilludos nos diría tal vez, Ola seo alforjero! ¿á qué viene esa jeremiada, ni qué importan las desdichas de las hembras salvajes? ¿qué diablos tenemos que ver con sus trabajos ni sus miserias, con tal que las nuestras vivan felices, y que se las trate como á cuerpo de rey? Lo que U. debe probarnos es que las peruanas son infelices, y que á pesar de la ilustracion del siglo, viven en el *espantoso abandono* que U. cacarea.

Nosotros entonces con el sombrero en la mano, los ojos bajos y la voz temblorosa le diriamos: ah! señor d. Elegancio! dignaos oirme con paciencia y estad seguro que no hablaré mas que de *nuestras peruanas*.

Echad la vista en las clases inferiores de la sociedad, ah! ellas son tratadas con tal rigor; están entregadas á tal extremo de envilecimiento, que es un milagro el que puedan vivir. Oprimidas con los trabajos mas penosos, compartiendo con sus maridos el cultivo de la *chacra* y la fatiga de la cosecha; atendiendo mas

que ellos la administracion fatigante del interior de la casa, el pasto del ganado, la solicitud de recoger y vender los productos, el disgusto de la preñez, los dolores del parto, el suplicio de la lactacion, el hilado y tejido de las lanas para su vestido, para el de sus maridos y de sus hijos, no respirando exactamente mas que para la servidumbre y el dolor.... ¿qué otro ejercicio podria atemorizarlas en los jardines del serrallo, ni como la vida ociosa que llevan sus iguales podria parecerles mas terrible que las convulsiones que consumen, entre nosotros, su mísera existencia?

Volvamos la vista á las clases ricas: si estas no tienen que sufrir otras penalidades físicas que las que son adherentes á la naturaleza y á su sexo, ¿de cuantas trabas y tormentos morales no están oprimidas! En el matrimonio encuentran una servidumbre cruel, y en el celibato peligros sin interrupcion.

Si enajenan su libertad por un contrato, arrastran por toda su vida la pesada cadena con que ellas mismas se ligaron. Todo les recuerda su dependencia y su abatimiento: no pueden pasar un solo acto, sin la necesidad humillante de la autorizacion. El marido dispone arbitrariamente de sus bienes; y si abusa del poder excesivo que la ley le confia, no tienen ni aun la esperanza de sustraerse á su tirano: esa misma ley, mirándolas como á unos seres sin consecuencia, no se ha dignado siquiera ocuparse de los medios de restituirles el reposo.

Verdad es que costumbres mas moleradas han dado á este rigor horrible algun paliativo; pero ¿cuantos esfuerzos, cuantas pruebas incontestables son precisas para ser admitidas á reclamarlo! y todavia es necesario que antes de todo se hayan sometido á la cautividad mas estrecha. Lo primero que hace la justicia, es encerrarlas en un convento, aun antes de haber pesado en la balanza las razones que pueden obligarlas á sustraerse del yugo de un marido.

Si no triunfan, un brazo de hierro las vuelve á entregar inexorablemente á la discrecion de un déspota irritado. Si la equidad ó el crédito ablandan los tribunales en su favor, toda la gracia que obtienen se reduce á una viulez perpétua, mientras la cual no cesan de llevar la cicatriz de los hierros que rompieron.

Y no se crea que el juez se decide á favorecerlas por haber descubierto la incompatibilidad de jenios en marido y mujer, ni por que está convencido del desapego mútuo de su cariño. No señor. El juez cuenta por nada los dolores del alma; se le dá un pito de esa angustia inesplicable que siente un corazon sensible, viéndose en la precision de vivir continuamente en una intimidad, que deberia ser el precio del amor y de la estimacion, con un objeto que no se puede amar ni tampoco estimar. ¿Qué lo mueve pues á protegerla? ¿qué? el peligro físico que pudiera sobrevenirle.

Si un marido bárbaro que tiraniza á su mujer, es bastante dueño de sí mismo para no hacer públicos los ultrajes con que la oprime; si conteniendo las manos tiene la crueldad de despedazarle el corazon sin tocarle al cuerpo, él goza impunemente de su ferocidad.

¿Temen ellas los compromisos terribles que la muerte sola puede disolver?... ¿Tienen valor para sacrificar los sentimientos de la naturaleza al cuidado de su conservacion y de preferir una libertad penosa á una dependencia llena de riesgos? disgustos de otro género y peligros de otra especie las rodean. Aisladas, sin apoyo, no tie-

ren en la sociedad ninguna consideracion: abandonadas á la censura mas severa, seguidas, espiadas en sus acciones mas indiferentes, no se salvan del escándalo sino por las mas excesivas privaciones. Ellas solas, si, ellas solas sienten el embarazo, la molestia de la regularidad, y solamentente ellas llevan el castigo del desorden. Cuanto mas débiles, tanto mas solicitadas, no se obra con rigor sino contra ellas si por desgracia se rinden. Los mismos cómplices de sus extravíos se erijen en sus mas inexorables censores. Semejantes á los espíritus malignos que atormentan á los condenados por las faltas que les hicieron cometer, sus mismos seductores se muestran sus mas inflexibles enemigos. La última virtud que puede todavia quedarles, el pudor, el temor de deshonorarse, el respeto de sí mismas, se castiga con rigor (y de muerte en algunos países *civilizados*) cuando no publican las consecuencias de su debilidad.

Cometida una falta, escluidas de la sociedad, abandonadas á su arrepentimiento y al mas

horroroso infortunio, no tienen otra alternativa que el encierro ó la infamia. Si son de nacimiento mediocre; si no tienen una fortuna capaz de tentar una alma vil, codiciosa y sin delicadeza, privadas de todo, sobrecargadas de necesidades, es preciso que vuelvan á comenzar, por oficio, una falta que se habian permitido por fragilidad. Van finalmente á morir en un hospital, desgraciadas, olvidadas. Ved en las ciudades, la suerte de un crecido número de mujeres que han tenido la desgracia de conocer celibatarios, vivir con ellos y dar oídos á esos falsos juramentos de adorarlas siempre &ra. &ra. El corruptor es el primero que las desacredita y acaba por espulsarlas cuando se han disgustado con ellas.

En Asia, al menos, se conserva se mantiene en el serrallo, la esclava que se ha querido. Los zelos impiden dejarla pasar en brazos de un extraño. Allá el vicio es mas compadecido, mas honrado, y acá nuestras virtudes son mas crueles. ¿Lo serán siempre???

TANTO MAÑANA Y NUNCA MAÑANAMOS.

Lope de Vega.

Perfidia inhumana
Es á lo que entiendo
Engañar, diciendo
"Vuelva U. mañana"

Cuando me persino
Me voy sin tardanza
A ver al padrino,
Que tanta esperanza
Me dió de un destino.
A su casa me entro
Y él de mala gana
Dice desde adentro:
"Hombre, nada encuentro;
Vuelva U. mañana."
Si por dicha mia
Alguno me emplea,
Doy con alegria
Fin á mi taréa
El séptimo dia.
A quien me ha empleado
Pido la semana,
Y él dice enfadado:
"Estoy ocupado;
Vuelva U. mañana."

Si voy á palacio
Mi pleyto á ajitar,
Despues que en su espacio
Me canso de andar,
Viene muy despacio
Mi procurador
Y á mi caravana
Contesta el señor:
"Ya estamos mejor;
Vuelva U. mañana."
Si estoy apurado
Y me debe alguno,
Voyme confiado
En tiempo oportuno
A quien he prestado.
Cubro al caballero
Y él con voz insana
Me dice grosero:
"No tengo dinero;
Vuelva U. mañana."
Cando alguna obra
Mandar suelo hacer,
Como se me cobra
Vòyla á recojer,

Si ya tiempo sobra.
La pieza demando;
Diligencia vana,
Pues van contestando:
"Ya se está acabando;
Vuelva U. mañana."
Si al que me ha ofertado
Su dinero y casa
Voy necesitado
Por lo que me pasa
A pedir prestado,
Despues que mi miedo
Apenas se allana,
Él me dice acedo:
"Amigo, hoy no puedo;
Vuelva U. mañana."
Si al médico ver
Es fuerza corriendo
Por que mi mujer
Se me está muriendo
Sin saber que hacer,
Corro como un gamo
Y grita una anciana:
"Señor, no está ahí mi amo;
Vuelva U. mañana."

(Ajeno.)

EL VICIO

CASTIGADO POR SI MISMO.

Felicia habia perdido á sus padres estando aun en la cuna. Un tio anciano la recojió é hizo con ella los oficios del padre mas tierno. Felicia se habia casado, como la mayor parte de las jóvenes, sin ser consultada sobre su eleccion. Su marido carecia de esas cualidades que cautivan á una mujer: es verdad que era digno de estimacion; pero esta es muy diferente del amor. El esposo murió al cabo de dos años sin dejar sucesion; la viuda quedó poco favorecida en bienes de fortuna, y aunque esperaba una herencia considerable de ese tio que la idolataba como á su propia hija, era sin agitacion, sin codicia, y ya desde antes pagaba la ternura de ese hombre respectable con el mas vivo reconocimiento.

La pérdida de su marido fue seguida de algunos pesares, que bien pronto ceden al reposo del ánimo; en este estado de feliz indiferencia, tuvo todo el tiempo de gozar de su razon. Felicia debia á una educacion esmerada, muchos conocimientos útiles que dieron mas

realce á su talento natural. Sus virtudes igualaban á su hermosura: era citada como un modelo de moderacion y de belleza; pero lo que mas la distinguia, era la nobleza de su caracter, una elevacion en los sentimientos y una especie de heroismo de que pocas almas son susceptibles. Su modo de pensar le era privativo, y no estaba amoldado, como nos lo hacen ver la mayor parte de los individuos de la sociedad, sobre la opinion de otro. Persuadida que existe una base de moral subsistente é inalterable por sí misma, no tenia esas ideas parásitas que circulan en el mundo, y que se apropiatan los mendigos de ingenio de que están infectadas las tertulias.

Nos hemos detenido algo en estos detalles, porque tuvieron mucha influencia en el destino de Felicia: esta sabía osadía de raciocinio prestaba un nuevo poder á sus atractivos.

Sería inútil decir que la amable viuda se vió rodeada de una multitud de adoradores que se disputaban su corazon y su mano. Al momento que iba á nombrar al dichoso sucesor de su primer esposo, experimentó que la fortuna era una especie de Jenio envidioso, que está siempre en guerra con la naturaleza; tanto mas, cuanto que ésta se complace algunas veces en

formar un ser formado de todos sus favores. Felicia tuvo el desconsuelo de ver à su buen tío despojado en un instante de todas sus riquezas, fruto de un comercio muy estenso y de una honrada industria. Aunque mas seductora conforme los dias, y dotada, como ya lo hemos dicho, de un entendimiento ilustrado y observador, no tardò en apercibir que iba perdiendo poco à poco esa consideracion que sigue casi siempre à la opulencia, y que rara vez se concede al infortunio: este rayo de luz, que le puso de manifesto la injusticia y la baja de la sociedad, no dejó de afligirla por lo pronto; pero este mismo sentimiento la hizo recurrir à ese noble orgullo de la desgracia, que parece ser una indemnizacion secreta de las humillaciones que necesariamente hace sufrir.

Las virtudes y la razon de la viuda, se fortificaron mas y mas con esta cruel revolucion; sus ojos se abrieron todavia mas sobre cuanto la rodeaba; su corazon se armò de una inflexibilidad invencible, determinado à resistir aun las mas ligeras impresiones que podrian conducirle al amor. No es que Felicia tuviese una alma inaccesible à la ternura: no hay virtud donde no hay sensibilidad; pero ella pretendia estar enteramente convencida de que la fortuna es la que preside à todos los contratos; que si el amor forma algunos, bien pronto pierden su vigor, y acaban por excitar la indiferencia, el arrepentimiento, y algunas veces el mútuo disgusto. Por otra parte, es muy raro deje de acompañar un poco de orgullo al que conoce su mérito: ¿cómo Felicia se habria disimulado la superioridad que tenia en tantos respectos? No le faltaban mas que las riquezas, y se habria ofendido vivamente si alguno la hubiese hecho la mas pequeña advertencia, aunque fuese indirecta, sobre el particular. Esta sensibilidad que se descubre mucho mas en el alma de los desgraciados, habia tomado por objeto al tío cuyo infortunio procuraba consolar; éste por su parte estaba tanto mas afectado de su mala situacion, cuanto que ella le quitaba los medios de contribuir à la felicidad de su sobrina.

D. Alvaro de G.... caballero de cualidad y muy opulento, era uno de los pretendientes de Felicia; y apasionadísimo por ella, à pesar de que estaba seguro que la viuda no tenia mas bienes que su hermosura, resolvió hacerla su esposa. Este hombre, por otra parte, reunia todos los defectos insufribles que rara vez dejan de acompañar à los ricos: tenia un tono arrogante y despótico; un egoísmo disgustante respiraba en todas sus acciones; duro, inhumano con los desgraciados, solo estimaba à las personas favorecidas de la fortuna; ésta era su divinidad secreta, y toda la ciudad se admiraba que un hombre de tal caracter, se abatiese à suspirar y hasta querer unir su suerte con la de una mujer que no tenia mas que virtud y hermosura; pero estas metamorfosis, sólo las puede producir el amor: él amansa los tigres y ablanda el corazon de los ricos. El de d. Alvaro, si se exceptua la sed del oro que lo devoraba, no sentia otra pasion que la de agrádar à la viuda; pero cuanto mas se esforzaba en parecer amable, tanto mas odioso se hacia.

Felicia, lejos de lisonjear las esperanzas de d. Alvaro, le habia dado à entender resueltamente que renunciaba para siempre al matrimonio. La riqueza, le decía à su amante presuntuoso, opone un obstáculo de bronce entre vos y yo; no quiero engañaros; buscad una mujer que asocie su opulencia à la vuestra y que sea igual à vos; las desgraciadas son siempre inferiores à todas las condiciones; estrañeras, aisladas en el mundo, deben cubrirse con su mi-

seria y estudiar el modo de procurarse lo necesario. He resuelto no compartir con nadie mi destino infeliz. Tarde ò temprano conoceréis vuestro error y me veréis tal como soy, sin bienes, sin esperanzas y gravosa tal vez à mis amigos. Creedme, no hemos nacido el uno para el otro; ¡nuestras almas se parecen tan poco! Acumulad riquezas, y dejadme llevar una vida oscura al lado de un pariente que me tendrá lugar de todo.

No se cansaba Felicia en alejar hasta la mas debil sombra de esperanza; pero el rico arrogante no dudaba lograr el vencer su resistencia. Don Alvaro era dueño de una fortuna inmensa, y según él, era imposible tropezar con obstáculos insuperables. Él miraba al oro como el mas prepotente conquistador de la tierra. Este modo de pensar, tan comun à los ricos, debia provocar necesariamente la aversion de Felicia; su repugnancia se hizo tan notable, que este hombre, demasiado ciego de sus pretendidas ventajas, se viò obligado à confesarse à si mismo su impotencia; su vanidad ofendida vino à juntarse con su pasion, y era excesivo su amor para no tentar las extremidades mas inauditas.

Don Alvaro se abandonò pues, à todo su frenesí, cierto ya de la determinacion de Felicia. Lleno de su delirio vicioso se encaminò à casa de dos mujeres conocidas suyas y que le eran enteramente adictas: la fortuna encuentra facilmente esclavos y tambien víctimas. Estas criaturas despreciables, que habian vendido à precio de oro sus almas pèrfidas, maquinan un proyecto abominable para servir el ardor desenfrenado de un monstruo que, sordo a los remordimientos, adopta con trasporte su complot, y se aprovecha diestramente de una ocasion que él mismo tenia preparada: una cena, en fin, reúne à Felicia y à estas mujeres indignas de su sociedad, que le eran casi desconocidas. No entraremos en los pormenores de esta reunion horrible por no hacer jermir al pudor y à la humanidad. Basta saber que don Alvaro, con ayuda de sus infames cómplices, consumió el mas execrable de los crímenes: la desdichada Felicia bebió un licor mezclado con el jugo de una yerba cuyos efectos son mas prontos y mas soporativos que los de la adormidera: durmióse profundamente, y Don Alvaro tuvo la bajeza, ò mejor dicho, la barbarie atroz de aprovechar de ese sueño involuntario.... Felicia se retirò à su casa, sin saber la causa ni las consecuencias de esa especie de letargo.

Los deseos satisfechos de este tigre, no sirvieron mas que para irritar de nuevo su pasion: esperaba saciar por los mismos medios segunda vez su brutal deleyte, y arrebatarse todavia unos placeres que jamas el amor le habria concedido. No cesaba de espiar la ocasion, y el acaso, ò mas bien su jenio infernal, no le favorecieron mas; la esperanza sin embargo no le abandonaba, y urdía continuamente nuevas tramas contando con un sucesò seguro.

Felicia deseaba vivamente romper con este hombre detestable; pero se via en la necesidad, por decirlo así, de abrirle su casa.

La salud de esta mujer desventurada se altera repentinamente; siente unos síntomas que la sorprenden: ciertos indicios de una situacion que no debia experimentar, se aumentan y se desarrollan: su asombro no tiene limites y bien pronto es seguido del dolor mas profundo: reconoce que está en cinta, y ya no puede dardarlo.

(Continuará)